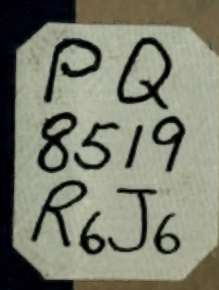
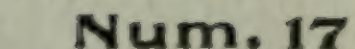


Rodó, José Enrique
Joyeles



II



EDICIONES SELECTAS
AMERICA
CUADERNOS QUINCENALES DE LETRAS Y CIENCIAS

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

JOYELES

Dirección y Administración
RECONQUISTA 375
Buenos Aires
1920

Direc. y Adm.
Reconquista 375



U. Telef. 827
(Rivadavia)

Cuadernos Quincenales de Letras y Ciencias

(APARECEN EL 5 Y EL 20 DE CADA MES)

DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG

Año I —— **Tomo I**

Amado Nervo.........	**Florilegio** III Edición
José Ingenieros.......	**La moral de Ulises** II Ed.
Almafuerte...........	**Espigas** II Edición
Julio Herrera y Reissig	**Opalos** II Edición
Martin Gil............	**Cielo y Tierra**
Ernesto Mario Barreda	**Canciones para los niños**
Eduardo Talero.......	**Amado Nervo**
Alberto Gerchunoff....	**Cuentos de ayer**
Leopoldo Lugones.....	**Rubén Darío**
Florentino Ameghino..	**Los cuatro infinitos**
Rafael Alberto Arrieta	**Selección lírica**
Vicente A. Salaverri..	**La visión optimista**

Año II —— **Tomo II**

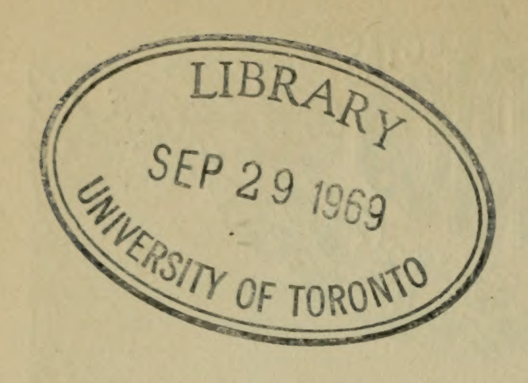
Fernández Moreno...	**Versos de Negrita**
Joaquin V. González..	**Música y Danzas Nativas**
Rubén Darío..........	**Poemas**
Arturo Capdevila......	**La pena monstruosa**
José Enrique Rodó....	**Joyeles**



JOSÉ ENRIQUE RODÓ

JOYELES

DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1920



Adhesión al homenaje que el pueblo uruguayo tributa a José Enrique Rodó con motivo de la llegada de sus restos a Montevideo.



JOSÉ ENRIQUE RODÓ

...Fué, sobre todo, un maravilloso estilista. «Decir las cosas bien, tener en la pluma el dón exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?»—preguntábase en una página de la adolescencia. Y aconsejaba en seguida: «Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gloria de la forma ¡oh, pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse sin apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad». En otro fragmento, *La Gesta de la Forma,* celebraba la victoria paciente del escritor en lucha silenciosa con el estilo, «epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser».

Y Rodó dijo las cosas bien y él mismo fué en la gesta de la forma, paladín heroico. No hay fruto de su pluma

que no demuestre esfuerzo casi visible por alcanzar la expresión perfecta. En este sentido, sónle aplicables sus propias palabras sobre Montalvo: «Un libro suyo se puede abrir por cualquier parte, con la certeza de encontrar alguna cosa bella, original y curiosa: una palabra primorosamente puesta, un decir admirablemente burilado, o un donoso atrevimiento de dicción, o un gallardo y personal arranque del estilo. Cualquier pasaje de sus obras tiene, en su mérito y rareza formales, un valor independiente del conjunto y bastante para interesar y deleitar por sí solo; como el capricho ornamental que, aún sin representación alguna de ideas ni cosas reales, es embeleso de los ojos en los relieves de un friso, en la cinceladura de una copa o en la orla de un manto».

El maestro uruguayo consagraba a su labor, nuevo Flaubert, el caudal de energías necesario para duplicar varias veces su producción. Desde sus primeros ensayos juveniles hasta sus postreros apuntes de viaje, el relieve y la pureza de la expresión, la elegancia de las cláusulas, la exactitud de los epítetos, revelan al artífice del idioma. Eran las palabras elementos preciosos para su espíritu, y las seleccionaba con amor paciente, analizando sus cualidades sonoras y cromáticas, su precisión inequívoca, su recóndita magia de sugestión y simpatía. Enlazábalas luego armoniosamente en períodos musicales que él debía, sin duda, recitar en alta voz, a fin de limar las asperezas y distribuir los efectos tónicos. La mayoría de sus párrafos parece demostrar las distintas refundiciones que debieron soportar para surgir definitivamente soldados, flexibles y rítmicos. Esa lucha

continua y desesperante del escritor con el estilo suele ser, por lo general, para ciertos temperamentos, una deliberada exigencia del pudor profesional, no menos imperiosa que el orgullo. Debátese el artista con la materia rebelde en el instante de la creación, y se le imagina como a los espaderos toledanos de los tiempos clásicos, fundiendo varias veces el acero épico hasta lograr el temple magnífico de la hoja epónima. Y así es cómo se llega a reconocer, de modo casi inconfundible, el sello personal del escritor en cualquier fragmento de su obra. En lo que respecta a Rodó, no hay página suya que no descubra de inmediato la mano del artista. Su prosa es el producto de una depuración infatigable. Sin perder los caracteres castizos, se enriquece con elementos de otras literaturas: la flexibilidad, la «nuance», la ligereza aireforme, la densidad sin pesadez. Conocía el secreto de la vaporosa fugacidad y del bloque animado. Trabajaba el mármol y el cristal, el oro y la creta, con igual pericia, y sus pinceles dominaban todas las tintas. Hay entre las creaciones de su arte, bajorrelieves pentélicos, ánforas cinceladas, frescos admirables, intensas aguas fuertes. Acuñaba el medallón y decoraba el palacio. Una galería de retratos magistrales pudiera extraerse de sus libros. Mas no se olvide que a su dominio plástico sumábase la preocupación rítmica, porque su frase terciopelada o broncínea, vibra como una porcelana o despierta la polifonía orquestal...

Sin embargo — fenómeno curioso — toda aquella variedad opulenta preséntase bajo una tan niveladora uniformidad de conjunto, que la fisonomía general de la

obra del gran prosista, evoca un sólo color, un sólo timbre, una monocorde y, a veces, monótona disertación. Por una frecuente operación mental abstraemos de la obra de un escritor algo así como una imagen visual o auditiva que la singulariza, imagen que reaparece cada vez que pensamos en el autor y en la cual identificamos el *color* o el *tono* de su espíritu. De algunas obras literarias pudiérase decir que conservamos una visión deslumbrante o un rumor marino, para no extendernos a otras representaciones sensoriales que dependen de la idiosincrasia psíquica. Evocan unas la brillazón que al cerrar los ojos, después de contemplar un foco luminoso, perdura en la retina. Otras nos dejan el eco subjetivo de un pinar vibrante. La obra de Rodó suscítanos el recuerdo del mar visto de lejos, la gran llanura palpitante que la distancia unifica en un sólo color y un sólo sonido, borrando relieves y matices... Y es que su prosa presenta una serenidad inalterable, una superficie tersa y en calma que nivela los caracteres accesorios. El ritmo pendular del conjunto disuelve los elementos componentes, reflejando una impasibilidad superior que domestica por igual a la precipitación y a la violencia. El pleno dominio de sí mismo manifiéstase con tan maravillosa sencillez, que más de un lector confunde a veces, en esas páginas pulidas, la pulcritud con la afectación, la severa elegancia del discurso con la fatigosa altisonancia del dómine. El fervoroso culto del estilo se suma a la nobleza inmaculada del pensamiento. Ni en los instantes apasionados de la polémica pierde el maestro aquel domi-

nio de pocos. Creyérase raramente adivinar el rasgo trémulo que anuncia la descarga, pero su serenidad, como el cristal de los lagos, se ha estremecido tan sólo, sin romperse...

Y bajo esta superficie límpida de la forma impecable, ¡qué cálidos raudales de amor y de bondad! Decir las cosas bien es una forma de ser bueno y la bondad del hombre exige al artista la túnica preciosa. Espíritu gemelo de Guyau, la *simpatía* era para él, también, la fórmula suprema. Todas sus páginas respiran una cordialidad fecunda. Anima las cosas, penetra las almas. Sacerdote laico de la belleza, del bien, de la justicia, la unción de su palabra levanta un templo donde su voz predica. Tuvo la capacidad de admirar, es decir, de amar en sumo grado, y la tolerancia fué el exponente inconfundible de su comprensión. Espectador afectivo y ecuánime, desde lo alto de su tribuna contempla los panoramas y las multitudes. La purificación de la altura le salva de los contactos violentos. Por eso, aún cuando investigue en las almas, aún cuando comente hechos actuales, aunque la polémica le ponga frente a frente a situaciones concretas y perentorias, su visión elevada comunica a su pluma la transparencia de la atmósfera, la perspectiva espectacular, la impersonalidad que transpone las fronteras individuales y se transfunde en el espacio. De ello depende, sin duda, la serenidad constante de su actitud mental a través de toda su producción, y de ello también la cristalina unidad de su estilo, pues como dijera Remy de Gourmont a propósito de Renán, hay algo de inseparable entre el estilo y el pensamiento.

Actitud aquella, excepcional, por cierto, serenidad insólita en un hombre de nuestra América, porque los grandes americanos se han singularizado siempre por la variedad de sus aspectos, por su multiforme actividad, por sus inesperadas aristas...

La serenidad de Rodó evoca otros climas, otros escenarios, otras razas.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

(De "Atenea", Mayo de 1918).

DECIR LAS COSAS BIEN...

Decir las cosas bien, tener en la pluma el dón exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?...

La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el «beso en la frente» de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...

La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paul. Barba-Azul ha hecho a los párvulos más beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros,—que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos a los niños,— suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y como la Hermana, el artista cumple su obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad a Dios con

pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad, ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado estad seguros que siempre vivirán.

Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma, ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas, son amigos traidores de la Verdad.

BOHEMIA

Aún hay «bohemios»; aún hay quien quiere ser «bohemio»... Y el mote, que, en los labios del burgués espeso y acorazado de fariseísmo, equivale a una descalificación, bien puede ser recogido y reivindicado por los muchachos entusiastas, a cuya cabeza sube la savia que estalla en las primeras flores: a manera de aquel otro calificativo, originariamente injurioso, de «los *gueux*», que, levantado del suelo por los flamencos de Guillermo de Orange, llegó a quedar como el nombre vibrante y altanero de los gallardos revoltosos de la libertad.

Haya, pues, «bohemios», y sean benevolentes para juzgarlos los rígidos secuaces del acreditado señor Al-pie de-la-letra. Entiendan y perdonarán. «Bohemio» no es el que tiene la voluntad enervada y la cabeza en desequilibrio. «Bohemio» es el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo, que se le desborda del alma, por las cosas bellas y las cosas raras y las acciones generosas, y con mucho de ese *embrujamiento* interior que, en tiempos de acción y de heroísmo empujaba a las aventuras y las cruzadas, pero, que, en tiempos de monótona prosa, sólo tiene salida en los simulacros de la imaginación, en las campañas incruentas del arte, y en esa terrible vocación de las paradojas y las irreverencias, que, aun en los casos en que son desatinadas o injustas, permanecen siendo simpáticas, porque llevan el aroma de la juventud.

LOS QUE CALLAN...

Una de las impresiones más altas de respeto que yo haya experimentado en el mundo, es la que me produce cierto linaje de espíritus,—seguramente, muy raros, y aún más que raros, difíciles de reconocer—sin haber llegado a su más escogida intimidad; cierto linaje de espíritus que unen al sentimiento infalible, perfecto, aristocrático, de la belleza, en las cosas del arte, el absoluto desinterés con que profesan calladamente su culto, inmunes de todo estímulo de vanidad, de todo propósito de crítica o de producción, de toda codicia simoníaca de fama. Comprenden la obra bella en sus más delicados matices, con esa plenitud de inteligencia y simpatía que es una segunda creación; son el lector o el espectador ideal con que el artista ha soñado; dan su alma entera en el sacrificio religioso de la emoción artística, en esa absoluta inmolación de la personalidad, de donde toma su vuelo el misticismo del arte. Guardan dentro de sí el eco perenne en que se prolonga el acento verdadero, original, del poeta, que el vulgo no percibe sino enturbiado y trunco; el reflejo clarísimo en que se reproduce, con la frescura matinal de la inspiración creadora, la imagen del cuadro o de la estatua. Son la

compensación de la vulgaridad triunfante y ruidosa; del alarde inferior; del abominable *snobismo*. Salvan, en el puerto abrigado y calmo de su piadosa memoria, nombres y obras que la injusticia o la indolencia de una época han condenado al olvido común. Para ellos no tiene curso la mentira acuñada en moneda falsa de renombre y de gloria. Llevan en sus desdenes secretos y animados de una serena y certera certidumbre, el infierno de que no logran eximirse los que triunfan delinquiendo contra la belleza, contra el gusto, contra la noble altivez. Y callan... Y pasean por el mundo una apariencia indiferente, acaso vulgar. Y a modo de la capilla de un culto misterioso y prohibido, encierran, en lo más hondo de sí, el tabernáculo de ese amor ideal, que embellece el misterio como el pudor de una novia.

¿Dudas de que existan almas así?... Yo he llegado a conocer algunas, después de conocer sólo la opaca apariencia que me las velaba. Y desde que las descubrí su presencia me domina y subyuga con el sentimiento de una superioridad que no reconozco, tan imperiosa y de tan alta especie, ni en el artista creador que más admire ni en la sabiduría magistral que más respeto me infunda. Porque esas almas de silencio celeste son las únicas que me han dado la completa intuición de cuánto hay de vulgar y mezquino en esta brega por la notoriedad, en este sensualismo de la admiración y del aplauso, grosera liga que mezclamos nosotros, los de la comedia literaria, al oro de idealidad del amor de lo bello. Sólo ellas saben amarte, Belleza, como tú ¡oh, Diosa! mereces. En la sociedad de esas almas se apodera de mí no sé que noble

vergüenza de ser autor, escritor de oficio. Y cuando vuelvo a esta faena, ellos componen el público, incógnito e incognoscible, que más me exalta y que más me tortura. A él me remito, con una austera y melancólica esperanza, como quien se remite a la justicia de una posteridad que no ha de ver, cuando creo que una palabra mía no ha sido entendida en su virtud o su beldad; cuando una criatura de mi imaginación no ha hallado el regazo amante que la acoja. Y en él pienso, lleno de íntima inquietud,—como aquejado del imposible deseo de saber la verdad de labios de un dios de mármol,—cuando aplausos y loas quieren persuadirme de que ha brotado de mi alma algo bueno o hermoso.

¡Ah, cuántos de estos abnegados monjes de belleza pasan acaso junto a tí, y tú no los reconoces, y quizá los desdeñas!... Tal vez hay uno de ellos en ese espectador, indeterminado e incoloro, que ocupa su butaca en el teatro, no lejos de la tuya, y aplaude cuando los demás, y asiente con trivialidades a los comentarios del vecino, y se disipa, esfumándose, en el rebaño de la retirada. Tal vez otro se oculta bajo la máscara de ese viajero que, con apariencias de comisionista, lee, frente a tu asiento del tren, un libro que lo mismo puede ser la guía de Baedeker que un poema de Wilde o una novela de D'Annunzio. Tal vez descubrirías uno más en aquel otro a quien el juicio popular—¡cruel ironía!—gradúa de poeta fracasado y con hoscos despechos de impotencia; porque no sabe que su renunciamiento prematuro fué espontánea y altísima religiosidad, y que en su repugnancia a hablar de arte con los que fueron sus émulos y amigos no hay

sino las delicadezas de una sensibilidad transfigurada y la conciencia de una soledad de *extraño*... Con uno u otro disfraz, ellos pasan en su irrevocable silencio. Y este silencio ni es humildad ni es orgullo. No es más que la cumplida posesión de un bien que lleva su fin y recompensa en sí mismo, y que por eso se contiene dentro de su propia amplitud, sin aspirar a salir de sí con ímpetu y alarde: como el vino que, cuando ha llegado a sazón, olvida los desasosiegos y hervores de su fermentar, o como el resplandor de la noche serena, que, extasiándose en la suave gloria de sus luces, no la publica ni con los pregones del relámpago ni con la música del sol.

DON QUIJOTE VENCIDO

Don Quijote, maestro en la locura razonable y la sublime cordura, tiene en su historia una página que aquí es oportuno recordar. ¿Y habrá de él acción o concepto que no entrañe un significado inmortal, una enseñanza? ¿habrá paso de los que dió por el mundo que no equivalga a mil pasos hacia arriba, hacia allí donde nuestro juicio marra y nuestra prudencia estorba?... Vencido Don Quijote en singular contienda por el caballero de la Blanca Luna, queda obligado, según la condición del desafío, a desistir por cierto tiempo de sus andanzas y dar tregua a su pasión de aventuras. Don Quijote, que hubiera deseado perder, con el combate, la vida, acata el compromiso de honor. Resuelto, aunque no resignado, toma el camino de su aldea. «Cuando era—dice—» caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras » y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora, cuan» do soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cum» pliendo la que dí de mi promesa». Llega con Sancho al prado donde en otra ocasión habían visto a unos pastores dedicados a imitar la vida de la Arcadia y allí una idea levanta el ánimo del vencido caballero, como fermento de sus melancolías. Dirigiéndose a su acompañante,

le hace proposición de que, mientras cumplen el plazo de su forzoso retraimiento, se consagren ambos a la vida pastoril, y arrullados por música de rabeles, gaitas y albogues, concierten una viva y deleitosa Arcadia en el corazón de aquella soledad amena. Allí les darán «sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas a pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podrán hacerse eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos» . . . ¿ Entiendes la trascendental belleza de este acuerdo ? La condena de abandonar por cierto espacio de tiempo su ideal de vida, no mueve a Don Quijote ni a la rebelión contra la obediencia que le impone el honor, ni a la tristeza quejumbrosa y baldía, ni a conformarse en quietud trivial y prosaica. Busca la manera de dar a su existencia nueva sazón ideal. Convierte el castigo de su vencimiento en proporción de gustar una poesía y una hermosura nuevas. Propende desde aquel punto a la idealidad de la quietud, como hasta entonces había propendido a la idealidad de la acción y la avenura. Dentro de las condiciones en que el mal hado le ha puesto, quiere mostrar que el hado podrá negarle un género de gloria, el preferido y ya en vía de lograrse ; mas no podrá restañar la vena ardiente que brota de su alma, anegándola en superiores anhelos : vena capaz siempre de encontrar o labrar el cauce por donde tienda a su fin, entre las bajas realidades del mundo.

AMOR Y ARTE

Si toda aptitud y vocación obedece, como a eficacia de conjuro, al estímulo que el amor despierta, ningún dón del alma responde con tal solicitud a sus reclamos y se hace tan íntimo con él, como el dón del poeta y el artista: el que tiene por norte sentir y realizar lo hermoso. Bajo la materna idea de belleza, amor y poesía se hermanan. Anhelo instintivo de lo bello, e impulso a propagar la vida, mediante el señuelo de lo bello: esto es amor; y de este mismo sentimiento de belleza, cuando le imprime finalidad el deseo de engendrar imaginarias criaturas que gocen tan propia y palpitante vida como las que el amor engendra en el mundo, fluyen las fuentes de la poesía y el arte. Amor es polo y quintaesencia de la sensibilidad, y el artista es la sensibilidad hecha persona. Amor es exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir, y a esto llamamos inspiración en el poeta. Allí donde haya arte y poesía; allí donde haya libros, cuadros, estatuas, o imágenes de estas cosas en memoria escogida, no será menester afanar por mucho tiempo los ojos o el recuerdo para acertar con la expresión del amor, porque lo mismo en cuanto a las genialidades y reconditeces del sentimiento, que el arte transparenta, que en cuanto a los casos y

escenas de la vida que toma para sí y hace plásticos en sus ficciones, ningún manantial tan copioso como el que del seno del amor se difunde.

Quien ama es, en lo íntimo de su imaginación, poeta y artista, aunque carezca del dón de plasmar en obra real y sensible ese divino espíritu que lo posee. La operación interior por cuya virtud la mente del artista recoge un objeto de la realidad, y lo acicala, pule y perfecciona, redimiéndole de sus impurezas, para conformarlo a la noción ideal que columbra en el encendimiento de la inspiración, no es fundamentalmente distinta de la que ocupa y abstrae a toda hora el pensamiento del amante, habitador, como el artista, del mundo de los sueños. Por espontánea e inconsciente actividad, que no se da punto de reposo, el alma enamorada transfigura la imagen que reina en el santuario de sus recuerdos; la hace mejor y más hermosa que en la realidad; añádele, por propia cuenta, excelencias y bendiciones, gracias y virtudes; aparta de entre sus rasgos los que en lo real no armonizan con el conjunto bello; y verifica de este modo una obra de selección, que compite con la que genera las criaturas nobles del arte; por lo cual fué doctrina de la antigua sabiduría que el amor que se tiene a un objeto por hermoso, no es sino el reconocimiento de la hermosura que en uno mismo se lleva, de la beldad que está en el alma, de donde trasciende al objeto, que sólo por participación de esta beldad de quien la contempla, llega a ser hermoso, en la medida en que lo es el contemplador.—¿Cabe que gane más el objeto real al pasar por la imaginación del poeta que lo amado al filtrarse en el

pensamiento del amante? ¿Hay pincel que con más pertinacia y primor acaricie y retoque una figura; verso o melodía que más delicadamente destilen la esencia espiritual de un objeto, que el pensamiento del amante cuando retoca e idealiza la imagen que lleva esculpida en lo más hondo y preferido de sí?...

A menudo este exquisito arte interior promueve y estimula al otro: aquel que se realiza exteriormente por obras que conocerán y admirarán los hombres; a menudo la vocación del poeta y el artista espera, para revelarse, el momento en que el amor hace su aparición virgínea en el alma, ya de manera potencial, incierto aún en cuanto a la elección que ha de fijarle, pero excitado, en inquietud difusa y soñadora, por la sazón de las fuerzas de la naturaleza; ya traído a luz por objeto determinado y consciente, por la afinidad irresistible y misteriosa que enlaza, en un instante y para siempre, dos almas. Como al descender el Espíritu sobre su frente, se infundió en los humildes pescadores el dón de lenguas no aprendidas, de igual manera el espíritu de amor, cuando embarga e inspira al alma adolescente, suele comunicarla el dón del idioma divino con que rendir a su dueño las oblaciones del corazón y suscitar, como eco de ellas, los votos y simpatías de otras almas, entre las que propaga la imagen de su culto. Con las visiones y exaltaciones de amor que refieren las páginas de la *Vita nuova* mézclanse las nacientes de la inspiración del Dante, desde que, tras aquel simbólico sueño que en el tercer párrafo del libro se cuenta, nace el soneto primogénito:

A ciascun alma presa e gentil core...

EL BARCO

MIRA la soledad del mar. Una línea impenetrable la cierra, tocando al cielo por todas partes menos aquella en que el límite es la playa. Un barco, ufano el porte, se aleja, con palpitación ruidosa, de la orilla. Sol declinante; brisa que dice «¡vamos!»; mansas nubes. El barco se adelanta, dejando una huella negra en el aire, una huella blanca en el mar. Avanza, avanza, sobre las ondas sosegadas. Llegó a la línea donde el mar y el cielo se tocan. Bajó por ella. Ya sólo el alto mástil aparece; ya se disipa esta última apariencia del barco. ¡Cuán misteriosa vuelve a quedar ahora la línea impenetrable! ¿Quién no lo creyera, allí donde está, término real, borde de abismo? Pero tras ella se dilata el mar, el mar inmenso; y más hondo, más hondo, el mar inmenso aún; y luego hay tierras que limitan, por el opuesto extremo, otros mares; y nuevas tierras, y otras más, que pinta el sol de los distintos climas y donde alientan variadas castas de hombres: la estupenda extensión de las tierras pobladas y desiertas, la redondez sublime del mundo. Dentro de esta inmensidad, hállase el puerto para donde el barco ha partido. Quizás, llegado a él, tome después caminos diferentes entre otros puntos de ese

campo infinito, y ya no vuelva nunca, cual si la misteriosa línea que pasó fuese el vacío en donde todo acaba... Pero he aquí que, un día consultando la misma línea misteriosa, ves levantarse un girón flotante de humo, una bandera, un mástil, un casco de aspecto conocido... ¡Es el barco que vuelve! Vuelve, como el caballo fiel a la deheza. Acaso más pobre y leve que al partir; acaso herido por la perfidia de la onda; pero acaso también, sano y colmado de preciosas cosechas. Tal vez, como en alforjas de su potente lomo, trae el tributo de los climas ardientes: aromas deleitables, dulces naranjas, piedras que lucen como el sol, o pieles suaves y vistosas. Tal vez, a trueque de las que llevaba, trae gentes de más sencillo corazón, de voluntad más recia y brazos más robustos. ¡Gloria y ventura al barco! Tal vez, si de más industriosa parte procede, trae los forjados hierros que arman para el trabajo la mano de los hombres; la tejida lana; el metal rico, en las redondas piezas que son el acicate del mundo; tal vez trozos de mármol y de bronce, a que el arte humano infundió el soplo de la vida, o mazos de papel donde, en huellas de diminutos moldes, vienen pueblos de ideas. ¡Gloria, gloria y ventura al barco!

HYLAS

Hylas, efebo de la edad heroica, acompañaba a Hércules en la expedición de los Argonautas. Llegadas las naves frente a las costas de la Misia, Hylas bajó a tierra, para traer a sus camaradas agua que beber. En el corazón de un fresco bosque halló una fuente, calma y límpida. Se inclinó sobre ella, y aún no había hecho ademán de sumergir, bajo el cristal de las aguas, la urna que llevaba en la mano, cuando graciosas ninfas surgieron, rasgando el seno de la onda, y le arrebataron, prisionero de amor, a su encantada vivienda. Los compañeros de Hylas bajaron a buscarle, así que advirtieron su tardanza. Llamándole recorrieron la costa y fatigaron vanamente los ecos. Hylas no pareció; las naves prosiguieron con rumbo al país del áureo vellocino. Desde entonces fué uso, en los habitantes de la comarca donde quedó el cautivo de amor, salir a llamarle, al comienzo de cada primavera, por los bosques y prados. Cuando apuntaban las flores primerizas, cuando el viento empezaba a ser tibio y dulce, la juventud lozana se dispersaba, vibrante de emoción, por los contornos de Prúsium. ¡Hylas! ¡Hylas! clamaban. Agiles pasos violaban misterios de las frondas; por las suaves colinas trepaban grupos

sonoros; la playa se orlaba de mozos y doncellas. ¡Hylas! ¡Hylas! repetía el eco en mil partes; y la sangre ferviente coloreaba las risueñas mejillas, y los pechos palpitaban de cansancio y de júbilo, y las curvas de tanta alegre carrera eran como guirnaldas trenzadas sobre el campo. Con el morir del sol, acababa, sin fruto, la pesquisa. Pero la nueva primavera convocaba otra vez a la búsqueda del hermoso argonauta. El tiempo enflaquecía las voces que habían sonado briosa y entonadamente; inhabilitaba los cuerpos antes ágiles, para correr los prados y los bosques; generaciones nuevas entregaban el nombre legendario al viento primaveral: ¡Hylas! ¡Hylas! Vano clamor que nunca tuvo respuesta. Hylas no pareció jamás. Pero, de generación en generación, se ejercitaba en el bello simulacro la fuerza joven; la alegría del campo florecido penetraba en las almas, y cada día de esta fiesta ideal se reanimaba, con el candor que quedaba aún no marchito, una inquietud sagrada: la esperanza en una venida milagrosa.

Mientras Grecia vivió, el gran clamor flotó una vez por año en el viento de la primavera: ¡Hylas! ¡Hylas!

MIRANDO JUGAR A UN NIÑO

. . . A menudo se oculta un sentido sublime en un juego de niño- «(Schiller. Thecla. Voz de un espíritu)».

JUGABA el niño, en el jardín de la casa, con una copa de cristal que, en el límpido ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma. Manteniéndola, no muy firme, en una mano, traía en la otra un junco con el que golpeaba acompasadamente en la copa. Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, se desprendían del herido cristal y agonizaban suavemente en los aires. Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió el motivo de su juego: se inclinó a tierra; recogió en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero, y la fué vertiendo en la copa hasta llenarla. Terminada esta obra, alisó, por primor, la arena desigual de los bordes. No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver a arrancar al cristal, su fresca resonancia: pero el cristal, enmudecido, como si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondía más que con

un ruido de seca percusión al golpe del junco. El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso. Miró, como indeciso, a su alrededor; sus ojos húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa, que a la orilla de un cantero cercano, meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuir la compañía de las hojas, en espera de una mano atrevida. El niño se dirigió, sonriendo, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella; y aprisionándola, con la complicidad del viento que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya la colocó graciosamente en la copa de cristal, vuelta en un ufano búcaro, asegurando el tallo endeble merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa. Orgulloso de su desquite, levantó, cuan alto pudo como la flor entronizada, y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores.

* * *

¡Sabia, candorosa filosofía! pensé. Del fracaso cruel no recibe desaliento que dure, ni se obstina en volver al goce que perdió; sino que de las mismas condiciones que determinaron el fracaso, toma la ocasión de nuevo juego, de nueva idealidad, de nueva belleza...

¿No hay aquí un polo de sabiduría para la acción? ¡Ah, si en el transcurso de la vida todos imitáramos al niño! ¡Si ante los límites que pone sucesivamente la fata-

lidad a nuestros propósitos, nuestras esperanzas y nuestros sueños, hiciéramos todos como él!... El ejemplo del niño dice que no debemos empeñarnos en arrancar sonidos de la copa con que nos embelesamos un día, si la naturaleza de las cosas quiere que enmudezca. Y dice luego que es necesario buscar, en derredor de donde entonces estemos, una reparadora flor; una flor que poner sobre la arena por quien el cristal se tornó mudo... No rompamos torpemente la copa contra las piedras del camino, sólo porque haya dejado de sonar. Tal vez la flor reparadora existe. Tal vez está allí cerca... Esto declara la parábola del niño; y toda filosofía viril, *viril* por el espíritu que la anime, confirmará su enseñanza fecunda.

LA DESPEDIDA DE GORGIAS

Ésos que están sentados a una mesa donde hay flores y ánforas de vino, y que preside un viejo hermoso y sereno como un dios; ésos que beben, mas no dan muestras de contento; ésos que suelen levantarse a consultar la altura del sol, y a veces se enjugan una lágrima, son los discípulos de Gorgias. Gorgias ha enseñado, en la ciudad que fué su cuna, nueva filosofía. La delación, la suspicacia, han hecho que ella ofenda y alarme a los poderosos. Gorgias va a morir. Se le ha dado a escoger el género de muerte, y él ha escogido la de Sócrates. A la hora de entrar el sol ha de beber la cicuta; aun tiene vida por dos más, y él las pasa en serenidad sublime, rector de melancólica fiesta, donde las flores acarician los ojos de los convidados, que el pensamiento enciende con luz íntima, y un vino suave difunde el soplo para el brindis postrero. Gorgias dijo a sus discípulos: «Mi vida es una guirnalda a la que vamos a ajustar la última rosa.»

Esta vez, el placer de filosofar con gracia, que es propio de almas exquisitas, se realzaba con una desusada unción.—Maestro—dijo uno,—nunca podrá haber olvido en nosotros, para ti ni para tu doctrina. Otro añadió:—Antes morir que negar cosa salida de tus labios.

—Y cundiendo este sentimiento, hubo un tercero que propuso:—Jurémosle ser fieles a cada una de sus palabras, a cuanto esté virtualmente contenido en cada una de sus palabras; fieles ante los hombres y en la intimidad de

nuestra conciencia; siempre e invariablemente fieles!...

—Gorgias preguntó al que había hablado de tal modo:

—¿Sabes, Lucio, lo que es jurar en vano?—Lo sé, repuso el joven; pero siento firme el fundamento de nuestra convicción; y no dudo de que debemos consolar tu última hora con la promesa que más dulce puede ser a tu alma.

Entonces Gorgias comenzó a decir de esta manera:

—¡Lucio! Oye una anécdota de mi niñez. Cuando yo era niño, mi madre se complacía tanto en mi bondad, en mi hermosura, y sobre todo, en el amor con que yo pagaba su amor, que no podía pensar sin honda pena en que mi niñez y toda aquella dicha pasaran. Mil y mil veces la oía repetir: «¡Cuánto diera yo por que nunca dejases de ser niño!...» Se anticipaba a llorar la pérdida de mi dulce felicidad, de mi bondad candorosa, de aquella belleza como de flor o de pájaro, de aquel amor único, merced al cual solo ella existía en la tierra para mí. No se resignaba a la idea de la obra ineluctable del Tiempo, bárbaro númen que pondría la mano sobre tanto frágil y divino bien, y desharía la forma delicada y graciosa, y amargaría el sabor de la vida, y traería la culpa allí donde estaba la inocencia sin mácula. Menos aún se avenía con la imagen de una mujer futura, pero cierta, que acaso había de darme penas del alma en pago de amor. Y tornaba al pertinaz deseo: «¡Cuánto daría por que nunca, nunca, dejases de ser niño!...» Cierta ocasión oyóla una mujer de Tesalia, que pretendía entender de ensalmos y hechizos, y le indicó un medio de lograr anhelo tan irrealizable dentro de los comunes términos de la naturaleza. Diciendo cierta fórmula má-

gica, había de poner sobre mi corazón, todos los días, el corazón de una paloma, tibio y mal desangrado aún, que sería esponja con que se borraría cada huella del tiempo; y en mi frente pondría la flor del íride silvestre, oprimiéndola hasta que soltase del todo su humedad, con lo que se mantendría mi pensamiento limpio y puro. Dueña del precioso secreto, volvió mi madre con determinación de ponerlo al punto por obra. Y aquella noche tuvo un sueño. Soñó que procedía tal como le había sido prescrito, que transcurrían muchos años, que mi niñez permanecía en un ser; y que favorecida ella misma con el dón de alcanzar una ancianidad extrema, se extasiaba en la contemplación de mi ventura inalterable, de mi belleza intacta, de mi pureza impoluta... Luego, en su sueño, llegó un día en que ya no halló, para traer a casa, ni una flor de íride ni un corazón de paloma. Y al despertar y acudir a mí, la mañana siguiente, vió en lugar mío un hombre viejo ya, adusto y abatido; todo en él revelaba un ansia insaciable; nada había de noble ni grande en su apariencia, y en su mirada vibraban relámpagos de desesperación y de odio. «Mujer malvada! — le oyó clamar, dirigiéndose a ella con airado gesto,—me has robado la vida, por egoísmo feroz, dándome en cambio una felicidad indigna, que es la máscara con que disfrazas a tus propios ojos tu crimen espantable... Has convertido en vil juguete mi alma. Me has sacrificado a un necio antojo. Me has privado de la acción, que ennoblece; del pensamiento, que ilumina; del amor, que fecunda... ¡Vuélveme lo que me has quitado! Mas ya no es hora de que me lo vuelvas, porque este mismo es el día en que la ley natural prefijó el término a mi vida, que

tú has disipado en una miserable ficción, y ahora voy a morir sin tiempo más que para abominarte y maldecirte...»—Aquí terminó el sueño de mi madre. Ella, desde que le tuvo, dejó de deplorar la fugacidad de mi niñez. Si yo aceptara el juramento que propones ¡oh Lucio! olvidaría la moral de mi parábola, que va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez para siempre; contra la fe que no admite vuelo ulterior al horizonte que desde el primer instante nos muestra. Mi filosofía no es religión que tome al hombre en el albor de la niñez, y con la fe que le infunde, aspire a adueñarse de su vida, eternizando en él la condición de la infancia, como mi madre antes de ser desengañada por su sueño. Yo os fuí maestro de amor: yo he procurado daros el amor de la verdad, no la verdad, que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros, como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin mira de agotar al mar su tesoro. Mi filosofía ha sido madre para vuestra conciencia, madre para vuestra razón. Ella no cierra el vínculo de pensamiento. La verdad que os haya dado con ella no os cuesta esfuerzo, comparación, elección: sometimiento libre y responsable del juicio, como os costará la que por vosotros mismos adquiráis, desde el punto en que comencéis realmente a vivir. Así, el amor de la madre no le ganamos con los méritos propios: él es gracia que nos hace la Naturaleza. Pero luego otro amor sobreviene, según el orden natural de la vida; y el amor de la novia, éste sí, hemos de conquistarlo nosotros. Buscad nuevo amor, nueva verdad. No se os importe si ella os conduce a ser infieles con algo que hayáis oído de mis labios. Quedad fieles a mí, amad mi recuerdo, en cuanto sea

una evocación de mí mismo, viva y real, emanación de mi persona, perfume de mi alma en el afecto que os tuve; pero mi doctrina no la améis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano. Las ideas llegan a ser cárcel también, como la letra. Ellas vuelan sobre las leyes y las fórmulas; pero hay algo que vuela aún más que las ideas, y es el espíritu de la vida, que sopla en dirección a la Verdad...

Luego, tras breve pausa, añadió:

—Tú, Leucipo, el más empapado en el espíritu de mi enseñanza: ¿qué piensas tú de todo esto? Y ya que la hora se aproxima, porque la luz se va y el ruido del mundo se adormece: ¿por quién será nuestra postrera libación?, ¿por quién este destello de ámbar que queda en el fondo de las copas?...

—Será, pues—dijo Leucipo,—por quien, desde el primer sol que no has de ver, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie adelante de tu última huella, y la frente aún más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos, si alcanzamos a tanto, o alguno de nosotros, o un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática o ejemplo. Y si mostrarnos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte: Maestro, ¡por quien te venza con honor en nosotros!

—¡Por ése!—dijo Gorgias; Y mantenida en alto la copa, sintiendo ya al verdugo que venía, mientras una claridad augusta amanecía en su semblante, repitió:

—¡Por quien me venza con honor en vosotros!

EN EL PRÓXIMO CUADERNO:

CACAMBO

por Arturo Cancela

IMP. "NOVITAS" DANON Y C.ª
Reconquista 459 - Buenos Aires

